



Transiciones

Miguel Robles

Breve introducción

Producto de trabajos historiográficos y reconstrucciones periodísticas de autores locales, hemos llegado a conocer que la Plaza Mayor de la ciudad fundada como Córdoba de la Nueva Andalucía, hoy conocida como Plaza San Martín, fue el primer lugar donde los habitantes de aquella incipiente aldea se reunían para adquirir las mercancías que llegaban a la ciudad. Estos productos, como carne, frutas y verduras, eran transportados en carretas provenientes de diversos puntos de la región y eran comercializados en la plaza, siempre bajo el atento control de los regidores del Cabildo. (Redacción La Voz, 2013).

“El crecimiento poblacional y los cambios en las prácticas sociales determinaron, de manera paulatina, que las plazas secas de la colonia pasaran a convertirse en lugares de socialización” (Redacción La Voz, 2013, párr. 5). Por esa razón, los espacios verdes fueron destinados como lugares para disfrutar de un paseo dominical o para sentarse a ver la retreta, actividades que se volvieron comunes y agradables. Los espacios que se comenzaron a utilizar para comercializar los productos, esos primeros mercados, con el tiempo fueron estableciéndose en la periferia urbana. En un primer momento estos se emplazaron en las cercanías de las plazas de carretas, y más tarde en edificios construidos específicamente para esta actividad, estrechamente vinculados a la llegada del ferrocarril, que facilitaba el transporte de todo tipo de productos hacia y desde la ciudad de Córdoba. (Redacción La Voz, 2013).

Así fue cómo en la década de 1860, en un lugar próximo al río Suquía, ubicado al norte de la Plaza Mayor, se le solicitó a Domingo Funes construir la Plaza Marchena, que después se llamaría Plaza España, lugar donde habían comenzado a reunirse las carretas con bienes agrícolas. Con el tiempo la Plaza España desapareció bajo el peso del edificio del actual Mercado Norte, obra de los Arquitectos Hortal y Godoy, que fue inaugurado por la Municipalidad de Córdoba el día 14 de abril de 1928, con la finalidad de alojar los puesteros de la antigua Plaza (Bischoff, 1986).

El edificio construido, de un gran volumen y aspecto clásico, aunque tratado con gran libertad, está concebido dentro del estilo neo manierismo, ya que muestra tiras ininterrumpidas de dentículos, y cornisamiento de orden clásico y escudos decorativos. Sus dos ingresos principales, uno por Pasaje Cantacara, y otro por Oncativo, están enmarcados por dos pilones que encierran una abertura semicircular, y sobre ellos se observan una cabeza de vacuno y por detrás una venera. Las entradas secundarias, una por calle San Martín y otra por calle Rivadavia, tienen dos óculos rodeados de frondas, y una cabeza de carnero (Bischoff, 1986).

En el año 1964 se conforma la Sociedad de Locatarios del Mercado Norte, y a partir de 1971 se firma un contrato de concesión entre esta Sociedad y la Municipalidad de Córdoba. En el año 1972 es declarado monumento histórico provincial (Bischoff, 1986).

Comercio y bohemia

El edificio del Mercado Norte, construido en 1927 e inaugurado en 1928 abrió sus puertas con 106 locales de comercialización minorista de productos perecederos, convirtiéndose por aquel entonces en el mayor centro de compras del interior del país. En el año 2001, se llevó a cabo una restauración completa del edificio, lo que permitió recuperar sus características originales y añadir un Centro de Participación Comunal (Redacción La Voz, 2013)

De ese modo, quedaban atrás los primeros puestos al aire libre que se organizaban en torno a las mercancías descargadas en la antigua plaza comercial por todo tipo de transporte de carga como carros, carretas, sulkis y hasta coches. Con el paso de los años, el mercado fue expandiéndose. Sin embargo, en los locales que lo conforman permanece un elemento distintivo: la mayoría de los puestos siguen siendo atendidos por los propios dueños y sus familiares. Pero hay algo más, que resulta sumamente significativo para este trabajo: el Mercado Norte fue el corazón de la zona genéricamente conocida como “la Segunda” por la cercanía a esa seccional policial, un sector de la ciudad en el que se daba cita personajes de la bohemia local, y en el que estaban permitidas ciertas “habilitaciones sociales”. Alrededor de ese centro de abastecimiento comenzaron a surgir bares, cafés, tiendas y edificios de departamentos, lo que le otorgó a toda la zona un carácter netamente comercial. Además, por sus calles no solo

circulaban vendedores ambulantes, sino también la bohemia cordobesa de antaño (Redacción La Voz, 2013).

Años después se establecieron en la zona espacios emblemáticos como ‘La París’ —que pasó de ser un cabaret a una whiskería, y hoy ya ha desaparecido—. Aunque el área se destacaba por su animada vida nocturna, a medida que el sol comenzaba a elevarse en el horizonte, las calles del barrio se animaban con un constante flujo de carros, carretas, comerciantes y vendedores ambulantes. Entre la multitud emergían personajes emblemáticos de Córdoba, como la ‘Cachilera’ y el ‘Loco Tablada’, dos conocidos buscavidas que ofrecían y bendecían estampitas de San Roque. No faltaban tampoco los ‘timberos’, que recorrían el lugar con sus pequeños casinos móviles, levantando apuestas y, en algunos casos, huyendo de la persecución policial, mientras que en otros trabajaban con total tranquilidad bajo su amparo. Tampoco se pueden dejar de mencionar los famosos chocolates con churros de la Cortada Israel, o la rivalidad entre los clientes de los bares ‘Pastorino’ y ‘El Agrario’, que muchas veces terminaban sus discusiones en los calabozos de “la Segunda”. (Redacción La Voz, 2013)

Hoy, la clientela popular de la pizzería Tío Benito compite con la pretendida distinción de los concurrentes a la Cocina de Fazzio, creación del recientemente fallecido José Fazzio, propietario histórico de un puesto de pescado muy reconocido ubicado en la parte central del edificio.

En la actualidad, en el sector externo del edificio del Mercado Norte solo quedan algunos pocos recuerdos de aquellos primeros emplazamientos de comercialización de productos que comenzaron en la época colonial (Bischoff, 1986). Pero la actividad comercial diurna, ha subsistido y se ha diversificado.

Entendemos que también ha permanecido “la transición”, ese paso mágico de la bohemia nocturna a la febril actividad diurna, que constituye uno de los aspectos que tuve presente en mi observación. Por lo tanto, el objetivo de este trabajo se centra en la parte externa y nocturna del Mercado Norte: la observación de su estructura edilicia; las personas que habitan el paisaje y las relaciones que establecen con este (De Certeau, 2000); procurando conocer si las costumbres de la tradicional bohemia nocturna que habitó ese sector de la ciudad, han desaparecido o han mutado; tratando en ese caso de registrar los cambios y los nuevos modos de habitar e interactuar con este particular espacio de la Ciudad de Córdoba.

Observación

03:55 horas del día viernes 16 de octubre de 2015. El objetivo de mi observación es registrar el paisaje y el movimiento en las adyacencias del Mercado Norte, en el horario que se produce el pasaje de la actividad nocturna a la actividad diurna. Mis compañeros han elegido trabajar en el interior del Mercado en horario diurno, en distintos lugares.

Elijo ubicarme frente a uno de los vértices del mercado, en la esquina de San Martín casi Oncativo, para tener mejor observación de dos laterales del edificio que tiene su puerta principal en Oncativo 50. Arribo al lugar en mi automóvil Honda City de color blanco y estaciono sobre calle San Martín. En este lugar la calle cambia de nombre, porque hasta la cuadra anterior se llama La Tablada.

Previo a estacionar, di una vuelta por la zona. Observé que en la esquina de calle Libertad y San Martín, cuatro travestis dialogan animadamente mientras ofrecen servicios sexuales. Al advertir mi presencia, dos de ellas me saludan animadamente y una, tratando de ganar la competencia, exhibe sus atributos físicos. Continúo mi marcha lentamente, llego a mi punto de observación, recorro con mi vista los lugares circundantes, y recién después de asegurar el cierre central de las puertas, detengo la marcha del auto. Cuando me apresto a registrar datos de temperatura y humedad ambiente y comenzar la descripción del paisaje, una travesti se aproxima al auto desde calle La Tablada. Su presencia me toma por sorpresa, porque no había advertido su presencia. Se aproxima y se detiene al lado de la puerta del acompañante de mi auto. Bajo el vidrio, nos saludamos y ella me pregunta amablemente qué estaba buscando. Le miento diciéndole que esperaba alguien. Ella me dice si no quería hacer algo mientras esperaba. Agradezco el ofrecimiento y lo más cortésmente que puedo insisto en el rechazo. Como para desviar la conversación, le pregunto si había trabajado y me responde que muy poco: “hice solo dos salidas en toda la noche. Y fueron solo bucal”; aclarando inmediatamente: “hay muy poca gente en la calle”. Le pregunto su nombre: “para vos soy Cindy ¿De verdad no vas a querer que hagamos algo? No te cree nadie que estás esperando una persona en este lugar. Y ojo que si estás esperando una traba, esta es nuestra esquina”. Le aclaro que si bien espero alguien, estoy trabajando. Cambia su rostro. “¡Botón seguro que sos! ¡La cara te vende! Acerté, porque apenas te vi pensé que eras botón. O abogado, por el auto. ¿De verdad no querés

que hagamos algo? Un bucal te lo hago por cien pesos y completo doscientos”. Agradezco nuevamente la propuesta de Cindy, y le reitero mi negativa. No obstante, insiste con sus dudas: “Decime la verdad ¿estás trabajando o estás esperando alguien?”. La situación me había tomado imprevisiblemente y no había ensayado una respuesta. En el momento me invadió la sensación de que si le detallaba lo que verdaderamente estaba haciendo en el lugar —una observación para un trabajo práctico de una materia de la licenciatura en antropología— iba a quedar expuesto, y además de no creerme, posiblemente me iba a poner en ridículo, así que insistí con mi postura. A todo esto, Cindy ya se había apoyado en el techo del auto intentando persuadirme que su oferta era generosa y conveniente. Medía aproximadamente 1,75, era delgada, tenía cabello largo y oscuro, vestía un top y una minifalda diminuta, y tenía unos zapatos de tacos muy altos y de varios colores, que me recordaron los que suele usar una compañera de la facultad. Cindy debía tener aproximadamente, entre 25 y 30 años de edad.

Pude ver el tatuaje de cinco puntos en el dorso de la mano derecha cuando se apoyó en la ventana del auto, lo cual delataba su paso por un establecimiento penitenciario. Percibí que tenía un perfume muy dulce, de aroma muy intenso, que me resultaba desagradable. Mientras intentaba retener datos para luego escribirlos, y mientras vigilaba mi seguridad, ya que estaba con la ventanilla baja, ella seguía hablando y ofertando. “Tengo las mejores lolas de todas las travestis que estamos en esta zona y mira que somos muchas”. “Te operaste o son de aceite”, pregunté como para no ser tan cortante. Parece que se interesó con la respuesta, porque inmediatamente respondió: “Estas son de aceite. Acá casi todas las chicas usamos aceite para la cola y para las lolas ¡Las operaciones están carísimas! ¡Pero cuando junte plata, me opero!”. Cindy se refería al aceite industrial que se utiliza para aumentar y modelar el cuerpo, una especie de procedimiento estético de la marginalidad, mucho más económico que un implante, que consiste en aplicar aceite de uso industrial y esperar que se encapsule y el cuerpo no lo rechace. Estos procedimientos suelen traer con el tiempo, gravísimos problemas de salud. Y estaba seguro de que Cindy sabía mejor que yo las consecuencias.

Mientras pensaba esto, ella seguía hablando y valorando sus atributos. En ese momento observo que un auto a muy baja velocidad, que circulaba por La Tablada, detiene su marcha en la esquina, y luego continúa por Oncativo. El conductor del auto, un hombre de unos 40 años que circula-

ba con el vidrio bajo, observa a Cindy detalladamente, que muy atenta a todo lo que sucede a su alrededor, comienza a posar para exhibirse mejor. El auto continuó la marcha a muy baja velocidad y Cindy lo siguió con la vista. Advirtiéndole que podía ser un potencial cliente, se despidió de manera no muy enfática y volvió despacio a “su” esquina, es decir, a la ocharía opuesta a la que yo me encontraba. Unos cuarenta segundos después, mientras intentaba tomar la temperatura ambiente, comenzar la descripción del paisaje, y superar el imprevisto incidente en mi observación, advierto que el mismo auto, un VW Gol de color rojo con vidrios polarizados y no muy nuevo, aparece por San Martín y dobla hacia Oncativo, previo hacerle señas de luces a Cindy. Detuvo su lenta marcha sobre esta última calle. Cindy al ver la maniobra, se aproximó caminando de manera exageradamente sensual. Se apoyó en el techo del VW Gol, hablaron unos veinte segundos y luego Cindy se dirigió al asiento del acompañante, y subió al auto que se alejó por Oncativo.

Volví a observar a mi alrededor. Por el espejo retrovisor pude ver que las cuatro travestis continuaban en la esquina de Libertad y San Martín y que no había más nadie en la calle. Observé la hora y comprobé que ya habían pasado los primeros quince minutos de mi observación. Tomé la temperatura: 10 grados. Sentía frío y advertí que no era algo subjetivo porque las travestis de la otra esquina cada tanto saltaban o se movían exageradamente, aparentemente para entrar en calor. La humedad marcaba 60 por ciento. Cada tanto pasaba un auto por Libertad y las travestis ofertaban animadamente. Al advertir que había muy poca gente en la calle, bajé del auto y lo primero que advertí es que podía escuchar lo que las travestis hablaban en la otra esquina, algo impensable en una situación diurna por la intensidad del tránsito y del movimiento comercial propio del lugar. Advertí también que había un fuerte olor a orina, ya que la esquina, en la que de día funciona una verdulería, de noche es usada como baño de ocasión.

Advertí que el alumbrado público era irregular. Las esquinas estaban más iluminadas que en la mitad de cada una de las cuadras, porque se advertían bolsones de oscuridad irregulares, tanto sobre San Martín hacia Libertad, como sobre calle La Tablada. En cambio, en la zona del Mercado, es decir sobre Oncativo, la iluminación abarcaba todo el frente de calle Oncativo y era difusa en el lateral de San Martín. Mientras tomaba nota de la iluminación, un taxi Chevrolet Corsa, pasa muy lentamente por

San Martín hacia Humberto Primo. Su chofer me mira y la situación me desconcierta, pero sigue su curso. La acera se ve limpia en la zona en la que me encuentro. Me da la impresión que ha sido aseada rato antes de mi arribo al lugar. Escucho unas risas y unos gritos que vienen de la zona de la peatonal de San Martín, cruzando Humberto Primo, y al girar la vista veo tres muchachos jóvenes que riéndose, se desplazan por esta última arteria, en dirección a General Paz, aunque no pude registrar mayores datos de ellos por la distancia. Continúo con mi observación. Los edificios en general, bajos para un lugar tan céntrico, tienen frentes poco cuidados. El color que predomina es el gris. La cartelería que utilizan los comercios es la mínima indispensable para señalar la presencia de cada uno de los negocios, y no presentan mayores ornamentos. La ausencia de carteles de neón es total. Observando todo el paisaje da la impresión de que nadie habita el lugar. Que sus escasos moradores, como en un cuento de hadas, aparecen con las sombras y desaparecen con las primeras luces del sol.

Al tomar un poco de perspectiva imaginaria, advierto que en realidad la construcción principal y la actividad humana que allí se lleva adelante modeló la fisonomía de toda la zona, a tal punto que uno advierte que todos los lugares adyacentes al Mercado Norte, no conforman un conjunto unificado con el resto del centro de la ciudad. Que el edificio mayor “manda” en el paisaje, y que el resto de las estructuras constituyen formaciones “secundarias” y “subordinadas” con respecto a esta, especialmente en lo que respecta a su funcionalidad y diseño. Y precisamente de noche ese paisaje de ausencias, deja lugar a otras presencias, que necesitan de aquellas como algo imprescindible para su existencia. Me surge el interrogante acerca de esta relación, de personas que modelan un paisaje, y de paisaje imprescindible para algunas personas.

En ese momento pasa un móvil policial por La Tablada, cruza lentamente San Martín y se detiene al ingresar a Oncativo. Advierto que me van a controlar. Efectivamente, el móvil policial retrocede y detiene su marcha en la mitad de la intersección. Ubicado en el asiento del acompañante, el jefe del móvil desciende del rodado, mientras escucho que el chofer anuncia a la central de radio que iban a realizar un control. El policía aproximándose saluda de manera seca. Advierto que es un sargento primero de unos 40 años, delgado. Me llamó la atención que tuviera el chaleco antibala colocado, pero sin sujetar en los costados, lo que ampliaba sus dimensiones corporales. Supuse que posiblemente lo llevaba pues-

to de ese modo para patrullar de manera más cómoda y porque también suponía no iba a encontrarse con un peligro mayor, ya que el chaleco en esa posición aumenta su vulnerabilidad. Portaba una escopeta bastante desgastada, marca Valtro, fácilmente reconocibles porque son las únicas que tienen cargador externo. Al aproximarse lo saludé por su jerarquía, como para dar a entender que su trabajo no me resultaba desconocido. Me pidió me pusiera contra la pared contigua al negocio de la esquina y me pregunto qué estaba haciendo en el lugar. Hice lo que me pidió mientras le decía que era retirado de la Policía Judicial. Al escuchar esto, me palpó de armas, pero su actitud se relajó y me pregunto por mi jerarquía. El chofer ya había descendido y se aproximó a mi auto con una linterna. Me pidió mis documentos personales, corroboró que le decía la verdad y volvió a preguntarme qué estaba haciendo en el lugar. Le respondí que una observación para un trabajo práctico de la universidad, al tiempo que le mostraba la libreta con mis anotaciones de horarios, personas y hechos. El otro policía se acercó y alumbró con la linterna la libreta mientras le informaba al que conducía el procedimiento que el auto parecía *“estar limpio”*. Este era un policía mucho más joven, de unos 22 años, alto y robusto y su uniforme lucía bastante desarreglado. Con la luz de la linterna leyeron ambos mis anotaciones. El más joven, el que oficiaba de chofer, sonrió y me preguntó quién era Cindy. Le dije que era la travesti que seguramente ellos conocían muy bien, porque paraba en esa esquina. Que a mi arribo, se había acercado a ofrecer sus servicios y se presentó y por eso sabía su nombre. Al parecer no le gustó que le dijera que ellos seguramente la conocían, porque cambió su gesto, pero no dijo nada. El jefe de coche, más relajado, me recomendó que tuviera cuidado. “Nos hicieron dos hechos de caño la guardia pasada en esta cuadra”, refiriéndose a dos asaltos ocurridos días antes; y aclaró: “Si se va a levantar un trava para sus estudios, es mejor que se lo lleve en el auto”. Mientras, le informaban al chofer a través de la radio del móvil policial —que estaba a todo volumen— que mi auto no tenía pedido de secuestro. Y este avisaba que yo era policía retirado, y que estaba haciendo un estudio para la universidad. El operador de radio, al parecer sorprendido, preguntó “¿Para la universidad? Dígame al Eva (empleado, en la jerga) que use foxtrox (por forro, preservativo en la jerga) para el estudio. No vaya a ser que...”. Reconocí el clásico humor policial, irónico, atrevido y desconfiado, y sonreí. Ellos hicieron lo mismo, y subiendo al móvil, no muy convencidos con mis explicaciones, pero sin más

nada por hacer en el lugar. El móvil se alejó lentamente por Oncativo y allí pude ver que era el interno 6304, una pick-up Chevrolet con poco tiempo de uso. Miré la hora y eran casi las cinco de la mañana. Mientras tomaba nota, los policías observaban mi acción con gran desconfianza.

El incidente con la policía sí lo había tenido en cuenta y sabía que a ellos debía decirles la verdad aunque no me creyeran, pero la situación demoró más de lo que había pensado y me descentró de mi trabajo.

Miré nuevamente a mi alrededor y observé que en la esquina de calle San Martín y Libertad solo había quedado una travesti. Además advertí que los autos y especialmente los colectivos de transporte urbano comenzaban a circular con mayor frecuencia. Siempre tuve la fantasía que los motores diésel de los colectivos emiten un sonido característico y muy particular durante la madrugada, distinto al que producen de día. En realidad, es el mismo sonido que emiten durante el día, solo que la ausencia de otros ruidos hace que sean escuchado nítidamente, tal como lo produce ese tipo de motor. Como sea, advertí que pasaban con mayor frecuencia los colectivos porque reconocía ese sonido característico y tan llamativo de manera más continua.

Mientras anotaba esto, observé que un hombre de unos cincuenta años, con un bolso al hombro, caminaba por la vereda derecha de La Tablada, cruzó San Martín y continuó por Oncativo. Daba la impresión de ser un empleado o changarín de alguno de los negocios de la zona. Caminaba muy pausadamente, y al pasar me miro. Su semblante no era el de los policías ni el de Cindy, porque se advertía que, aunque recién levantado, había dormido por lo menos un rato. Siguió por Oncativo y se quedó en la esquina de Rivadavia, apoyado contra una pared, como esperando el arribo de alguien. Mientras observaba la situación y registraba en la libreta, advierto que un auto se aproxima y detiene su marcha sobre La Tablada, metros antes de llegar a Oncativo. Al girar la vista veo que es el VW rojo con vidrios polarizados. Permanece unos segundos detenido en el lugar, pero en marcha, hasta que se abre la puerta del acompañante y desciende Cindy acomodándose la ropa que vestía en el torso. Me sorprendió que traía una especie de campera en una de sus manos, que no recordaba haber visto ni cuando hablábamos ni cuando se alejó. Fue hacia “su” esquina y luego de unos segundos, cruzó hacia donde me encontraba. Me preguntó en tono de burla, si continuaba “esperando”. Le dije que sí y advirtió que tenía la libreta y la lapicera en la mano. Volvió a preguntarme que estaba

haciendo y le respondí que ya le había dicho. Caminó como alejándose, pero giraba y volvía cerca del auto. Como para decir algo, hice el comentario que por lo menos había trabajado, y enseguida me aclaró: “Fue solo otra francesa. Nada. Está horrible la noche”. Y volvió a la carga: “Y vos que no querés hacer nada. Te hago una francesa por ochenta pesos, ¿querés?”. La respuesta fue nuevamente no, y Cindy, convencida por fin de mi negativa, se alejó a su esquina. Ya eran las 05:20 horas.

Pasó otro auto, despacio, por La Tablada, y siguió hacia Oncativo. Era un Fiat Uno de color gris. Por detrás venía un remis, un Fiat Siena. Los conductores de los dos autos parecían tener la misma actitud exploratoria. Ambos pasaron muy lento frente a Cindy, quien se exhibía de forma casi grotesca. El remis pareció que había detenido la marcha, pero siguió su camino. Allí advierto que el mismo móvil policial que me había controlado un rato antes, venía circulando por San Martín. Al pasar, el chofer hizo sonar la bocina brevemente, en un extraño pero habitual saludo amistoso que se da entre policías, y continuó hacia Humberto Primo. Comprendí por qué el conductor del remis no se había detenido y pensé que posiblemente regresaría. Pasaron unos cincuenta segundos y advertí que el que regresaba era el Fiat Uno, no el remis. Mientras, Cindy me decía desde la otra vereda: “¿Viste que tenía razón? Sos cobani”. El Fiat Uno se detuvo, Cindy se aproximó al auto y después de hablar unos tres o cuatro minutos con su conductor, se alejó sin llegar aparentemente a un acuerdo. Pero Cindy permaneció un poco más alejada de donde yo estaba: el saludo policial me había dejado en evidencia y su instinto de supervivencia le aconsejaba alejarse. Se fue alejando lentamente hacia Humberto Primo, por San Martín. Al llegar a mitad de cuadra, un hombre que venía caminando en sentido contrario se le acercó y hablaron. Luego de unos instantes, Cindy y este hombre, de unos cincuenta años, cabello entrecano y ropa de trabajo, cruzaron la calle y se perdieron por el pasaje peatonal del lateral sur del Mercado, por Cantacara. Daba la impresión de ser un changarín que se disponía a comenzar su día laboral. Ya eran las 05:50 horas.

El cielo comenzó a aclararse, aunque continuaba la oscuridad nocturna. Y sentía más frío que cuando llegué, pero al observar la temperatura corroboré que seguía en 10 grados. Sin perder de vista el auto, caminé hacia la peatonal Cantacara atraído por unos ruidos y por la curiosidad de donde había ido Cindy con aquel hombre. Llegué a la esquina y vi que un camión aparentemente con cajones de fruta había ingresado por la peato-

nal y tres hombres, ruidosamente, se aprestaban a comenzar la descarga en una de las tantas verdulerías que hay en el lugar. Sus voces eran las características de los trabajadores del Mercado. Estruendosas, pobladas de risas, insultos, reclamos y chistes por momentos brutales. Casi siempre que voy al Mercado recuerdo algunas escenas de *El Matadero* (1871), de Esteban Echeverría, como en ese momento.

Después de ese viaje imaginario de unos segundos, vuelvo a la realidad. Y advierto que de Cindy, ni noticias.

Entre gritos, comienza la descarga. Y de a poco advertí que la presencia de más autos y colectivos circulaban por el lugar. Eran las 06:00 de la mañana. El paisaje estaba cambiando. Como en el cuento de hadas, unos personajes aparecían con la luz y otros comenzaban a hacerse lentamente invisibles. Era el horario de la transición. O del relevo. Y mi observación había finalizado.

Referencias

Bischoff, Efrain (1986). *Historia de los barrios de Córdoba: sus leyendas, instituciones y gentes*. Córdoba: B Editores.

De Certeau, Michel (2000). *La invención de lo cotidiano I*. México: ITESO.

Sitios web consultados

Redacción La Voz (2013). De paseo por el Mercado Norte. (2013, junio 10). La Voz del Interior. <https://voydeviaje.lavoz.com.ar/voy-de-viaje/de-paseo-por-el-mercado-norte/>

Datos de referencia

Fecha: 16/10/2015

Lugar observación: San Martín y Oncativo, en uno de los laterales del Mercado Norte

Tiempo de observación: 2 horas (desde las 04:00 hs. hasta las 06:00 horas)

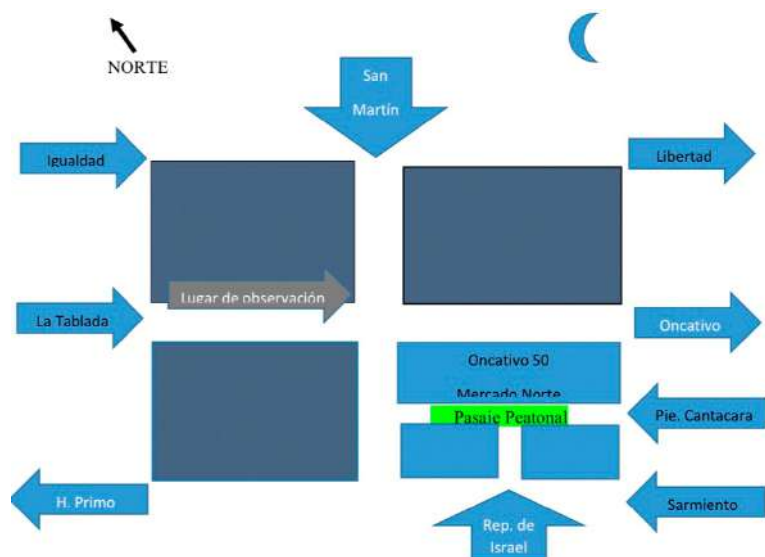


Imagen 1. Título: Esquema gráfico del espacio y los lugares desde donde se observó. 2015. Fuente: Elaboración Miguel Robles.